

ESTRATEGIA

ISSN 0185-0371

REVISTA DE ANALISIS POLITICO



**CUAUHTEMOC
CARDENAS 94**

Desarrollo - democracia - soberanía

Precio Pacto
N\$ 12.00

112

julio
agosto 1993

Entrevista a Gilberto Bosques	1
Hacia una propuesta democrática de alcance nacional / <i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	8
Para avanzar en la lucha por la democracia / <i>Ana Francisca Palomera y Gastón Martínez Rivera</i>	23
La violencia no desaparecerá con más violencia / <i>Cuauhtémoc Cárdenas</i>	29
Defensa de la soberanía y la independencia / <i>Fernando Carmona</i>	30
Siempre hay responsables / <i>Cuauhtémoc Cárdenas</i>	37
Apoyo ciudadano a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas! / "El Movimiento Ciudadano Pro-Cárdenas" / <i>Rodolfo González Guevara</i>	38
Sindicatos del apartado "B" ante el reto de la modernización / <i>Rodolfo Barona Soriano</i>	43
La democracia y el movimiento urbano popular / <i>Laura Becerra Pozos</i>	49
Algunas opiniones empresariales sobre la integración / <i>Irma Portos</i>	53
Microeconomía. Macroproblemas / <i>Víctor M. Bernal Sahagún</i>	57
La realidad económica según el Banco de México / Balance de la estrategia en marcha / <i>Ignacio Hernández G.</i>	64
El TLC en EU: batalla final / <i>Luis González Souza</i>	68
El Estado, el mercado y la sociedad civil / <i>D.F. Maza Zavala</i>	75
El tiempo de la democracia / <i>Jorge Alonso</i>	79
Desde España. Elecciones Generales anticipadas / <i>Juan Ambóu</i>	85
En Memoria de Pedro Vuskovic / <i>Pedro Vuskovic (1924-1993)</i>	88
	<i>José Ibarra</i> 89

Estrategia. Revista de análisis político. Publicación bimestral de PUBLICACIONES SOCIALES MEXICANAS S.A. Año XIX, Vol. 4, No. 112, julio-agosto de 1993. Dr. Vértiz 1295-202. Col. Letrán Valle, 03650 D.F. o Apdo. Postal 73-206, 03020 México D.F. Tel. 604-75-39.

DIRECCION COLECTIVA: Alonso Aguilar Monteverde, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Ignacio Hernández, Luis González Souza, Gastón Martínez Rivera, Rufino Perdomo.

COLABORADORES ESPECIALES EN ASUNTOS LATINOAMERICANOS: de Argentina: Sergio Bagú; de Brasil: Luiz Inacio Lula Da Silva y Frei Betto; de Chile: Marta Harnecker y Pedro Vuskovic†; de Cuba: Roberto Fernández Retamar y Fernando Martínez Heredia; de Ecuador: José Moncada; de El Salvador Alberto Enríquez Villacorta; de Venezuela: D.F. Maza Zavala; de Guatemala: Guillermo Toriello; de Haití: Gérard Pierre-Charles y Susy Castor; de Honduras: Gustavo Adolfo Aguilar; de México: Pablo González Casanova; de Panamá: Nils Castro; de Uruguay: Eduardo Galeano y Liber Seregni.

COLABORADORES: Rodolfo Barona, Víctor Manuel Bernal Sahagún, Luis Carrión, Víctor Cruz, Jesús Hernández Garibay.

AUTORIZADA con licitud de título y contenido 504-390 y 504-393 del 15 de abril de 1975. Publicación Periódica Registro 0050675. Características 229251 209. Autorizado por SEPOMEX.

SUSCRIPCIONES ANUALES: ordinaria NS60.00; de apoyo NS100.00; institucional NS100.00. En el extranjero: 40 dólares EUA. Precio del ejemplar NS12.00; atrasados NS12.00.

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA: Cuauhtémoc Cárdenas.

Hacia una propuesta democrática de alcance nacional

Algunos problemas del desarrollo y qué hacer frente a ellos

Alonso Aguilar Monteverde *

Introducción

En el último número de *Estrategia* recogimos algunas opiniones a nuestro juicio interesantes, autorizadas y representativas acerca de la situación que priva actualmente en México. De un lado presentamos en forma muy resumida las principales posiciones de quienes, formando parte del grupo en el poder o al menos estando identificados con él, consideran que si bien no deja de haber ciertos problemas, la situación del país es satisfactoria y la política en acción correcta en lo fundamental, por lo que debiera mantenerse. Del otro lado ofrecemos un resumen también muy apretado de lo que se piensa en las llamadas fuerzas democráticas, esto es en muy amplios y diversos sectores de la población, entre quienes prevalece la idea de que las cosas son desfavorables para la mayoría y de que la Nación requiere un profundo cambio, lo que supone no sólo otra política sino una estrategia de

Ignacio Hernández, Rosario Gutiérrez, Irma Portos y Agustín González colaboraron con el autor de este artículo en la recopilación y revisión de varios materiales.

desarrollo diferente, nueva, en rigor alternativa y para algunos incluso revolucionaria, que si bien no es fácil construir tampoco es, por fortuna, imposible.

Ante limitaciones insuperables de espacio y tiempo, en vez de tratar infructuosamente de ocuparnos de múltiples problemas de muy diversa naturaleza, elegimos tres vertientes o ejes centrales a saber: la problemática del desarrollo, la democracia y la soberanía nacional, con los que seguiremos trabajando en adelante. Y el lector habrá observado que la distancia entre unas posiciones y otras — es decir entre las conservadoras y las democrático-nacionalistas — es grande; que el rebautizar el neoliberalismo como “liberalismo social” no ha contribuido a acortarla y que, en tal virtud ello hace pensar que los convencionales llamados a la unidad nacional no tendrán éxito, en tanto no se realicen al menos ciertos cambios de mayor dimensión. En el seno mismo de las fuerzas democráticas, junto a acuerdos significativos y aún políticamente importantes se advierten explicables discrepancias en torno a lo que sucede en el país, que sólo podrán superarse a través de exámenes más rigurosos, de amplios debates y de la acción misma, que esperamos propicie la sucesión presidencial. Y dada la necesidad de que las nuevas líneas se sustenten sólidamente en la realidad, la comprensión profunda de ésta y de los cambios que el país ha sufrido sobre todo en los últimos años, se vuelve condición esencial para convencer y, a la postre, para vencer en la lucha política.

Necesidad de aclarar ciertas cuestiones

Un punto todavía débil en las formulaciones progresistas es que ciertos cambios tienden a menospreciarse y aun a ignorarse, y a menudo, admitiéndose que las cosas no son iguales que antes, se repara en algunos hechos de manera aislada y parcial, y a veces persiste la tendencia a sustituir la compleja, multifacética y cambiante realidad por esquemas que vuelven todo más fácil y hacen sentir a quienes así proceden que tienen la razón, aunque el precio que en definitiva se pague por evadir o no comprender adecuadamente la realidad sea el error y, con frecuencia, inclusive, la derrota.

O en otras palabras, al recapitular sobre los planteos que suelen hacerse por quienes mantienen posiciones democráticas y nacionalistas, si bien algunos de ellos son convincentes y se antojan fundados, otros parecen todavía muy iniciales e insuficientes, y suscitan explicables dudas. Lo que quiere decir que aún no contamos con un diagnóstico suficientemente preciso, a partir del cual se puedan trazar las nuevas líneas de acción capaces de contribuir a resolver los más graves problemas y a movilizar y unir a las fuerzas políticas que podrían llevar al triunfo a la estrategia del cambio. Y si bien no se trata, desde luego, de adoptar una actitud perfeccionista o academizante que reclame ir al detalle y considerar cuestiones secundarias o de poca monta, de las que podamos prescindir, tan sólo por lo que hace a la problemática del desarrollo, entre otros hechos

que merecen examinarse más a fondo en busca de un mayor acuerdo, podrían señalarse los que siguen:

- La crisis, su naturaleza y alcance, fase que recorre y forma en que afecta a la economía y a la sociedad en su conjunto;

- Principales cambios económicos y, en particular, de la estructura productiva, y medida en que ésta se ha fortalecido en algunas áreas, procesos y lugares, y debilitado en otros;

- Alcance real de la recuperación, factores que condicionan la estabilidad y el crecimiento económico, así como el mercado interno e internacional;

- Factores que determinan la creciente significación del comercio y los servicios, y consecuencias que ello tiene sobre el desarrollo;

- Tendencias recientes del proceso de acumulación y reestructuración del capital, nuevo papel del Estado, de los principales grupos empresariales mexicanos y de las empresas trasnacionales, y cambios en la relación entre el capital nacional y el extranjero;

- Relación entre los grupos más poderosos y las empresas pequeñas y medianas, y reestructuración y nuevas formas de funcionamiento de éstas;

- Papel del mercado de dinero y capitales y concretamente de las casas de bolsa y de la banca en el financiamiento del desarrollo;

- Razón de ser, alcances y consecuencias negativas de la inversión financiera y de la propiamente especulativa;

- Medida en que el servicio de la deuda externa sigue siendo o no una carga muy onerosa para el país y un obstáculo a superar;

- Papel de la deuda interna e impacto de ella en el ingreso y en el gasto público, el financiamiento de la economía y el reparto de la riqueza y el ingreso;

- Ventajas y desventajas de la política de liberalización y apertura comercial, y perspectivas, en caso de aprobarse o no el TLC;

- Tendencias de crecimiento, cambios en la composición y posibilidades de las exportaciones mexicanas;

- Factores que explican el rápido aumento y los principales cambios en la composición de las importaciones;

- Significación y causas fundamentales del creciente desequilibrio de la balanza de pagos en cuenta corriente;

- Alcance global de la privatización de empresas paraestatales; significación de dicha política y principales beneficiarios de la misma;

- Carácter de la modernización, desigualdad del proceso y aspectos en que hay tanto avances como rezagos significativos;

- Impacto de la modernización y en general de la política neoliberal sobre el nivel y la estructura del empleo, sobre la composición de la fuerza laboral y el desempleo, el subempleo, la economía informal y el mercado de trabajo en su conjunto;

- Papel de una política inflacionaria de corte monetarista, como la actual, tanto en la estabilidad

como en el nivel de empleo y el desarrollo;

- Niveles salariales y causas de la caída del ingreso real de la mayoría de los trabajadores, empleados y pequeños productores;

- Diseminación de la pobreza y en particular de la “extrema pobreza”; causas, formas que adopta y medidas en que el *Pronasol* y otros aspectos de la política en vigor influyen al respecto;

- Niveles de productividad en las principales actividades económicas y factores que obstaculizan y, en su caso, facilitan su elevación;

- Principales cambios en la distribución del ingreso y hechos que la vuelven más inequitativa;

- Factores que impiden la utilización racional de los recursos productivos, y en particular de los recursos humanos, e influencia de la burocracia y la corrupción sobre el desarrollo;

- Influencia de la educación, programas de salud, habitación y, en general, de los problemas y la política social, en el proceso de desarrollo y en las condiciones de vida;

- Problemas básicos de las ciudades y el campo, y desarticulación de uno y otro, y en la relación entre ambos;

- Actividades que en la fase actual del desarrollo nacional son realmente de carácter estratégico y que sólo pueden ser operadas por el Estado o, en ciertos casos, por empresas privadas nacionales bajo dirección estatal;

- Papel de la acción reguladora del Estado, función de la misma y condiciones que debería satisfacer;

- Formas que adopta la competencia nacional e internacional, en particular la competencia monopolista, e influencia sobre el proceso de desarrollo;

- Nuevas formas de dependencia de la economía mexicana y alcance de la “globalización” y de la internacionalización económica.

Al destacar las cuestiones anteriores como algunas de aquellas que requieren un examen más profundo que permita conocer mejor la realidad que intentamos modificar, y a partir de ahí lograr un acuerdo más amplio y la acción conjunta de fuerzas tan heterogéneas como las que es preciso movilizar para acometer exitosamente la ambiciosa tarea de construir un México nuevo, democrático y libre en el que todos vivamos mejor, somos conscientes de que ello no es fácil, de que como ya dijimos no se trata de examinar incluso problemas de escasa significación, ni tampoco de que, en éste y en los números que sigan, intentemos forjar una estrategia e incluso un programa de gobierno, lo que por cierto tendrá también que hacerse, pero de otra manera, con el concurso de múltiples fuerzas y, sobre todo en la lucha misma y en tanto ésta contribuya a crear una mejor correlación política.

Nuestro propósito es mucho más modesto; consiste sólo en contribuir a la forja de una propuesta democrática de alcance nacional, o sea de un planteo más sencillo, en el que se resuman y destaquen algunas de las líneas centrales de acción que, a partir de ahora puedan llevar a nuestro pueblo a una gran victoria política.

Aún así, esperamos que el lector esté de acuerdo en que si al examinar la realidad nos quedamos en planteos muy generales, abstractos, imprecisos, parciales, poco claros en cuanto a lo que acontece, y desde luego respecto a qué hacer y cómo, será muy difícil ampliar y elevar el nivel de acuerdo, y sobre todo actuar conjuntamente.

A fin de aclarar este punto de vista, a manera de ejemplo volvamos sobre unos cuantos problemas.

Sería muy difícil y hasta imposible adoptar en el seno de las fuerzas democráticas una posición unitaria frente a la crisis, si unos creen que ésta sigue presente y es un serio obstáculo al desarrollo, y otros, por el contrario, consideran que la crisis ya quedó atrás o es un problema menor.

Algo similar ocurriría si para algunos son pocos y de no mayor significación los cambios recientes en la economía nacional y en particular de la estructura productiva, en tanto que otros piensan que han sido importantes y que si bien ciertas empresas y actividades son hoy más débiles y no pocas incluso han sufrido fuertes pérdidas y aún dejado de operar, otras se han reorganizado, han tenido éxito y hoy son incluso más importantes y poderosas que hace unos años. Lo que en un sentido más amplio nos remite a la modernización, que sin duda ha cobrado importancia en ciertos campos, y traído consigo cambios que es preciso evaluar adecuadamente.

Desde luego es también fundamental saber lo que realmente ocurre con el proceso de formación y

reestructuración del capital, y advertir que si bien ha empezado de nuevo a elevarse la inversión privada en ciertos campos, la extranjera está creciendo más que la nacional, y aun estamos lejos de recuperar el nivel de acumulación global que se alcanzó en 1978-81.

En fin, es preciso tener claridad acerca de lo que ocurre en el llamado sector externo, no menospreciar los importantes cambios del comercio exterior y el movimiento internacional de recursos financieros y, convencidos que no podemos sustraernos a la cada vez mayor internacionalización en todos los órdenes, saber como responder a la engañosa y discutible "globalización", qué tipo de competencia aceptar y cuál y no por qué, y cómo negociar la mejor posible reinserción de nuestra economía en la desfavorable división internacional del trabajo que los más fuertes pretenden imponernos.

En resumen si queremos avanzar a través de esfuerzos que incorporen a segmentos muy amplios de la población, tenemos que lograr cierto acuerdo en torno, en primer lugar, al estado de cosas del cual partimos, porque de no ser así, corremos el riesgo de que las discrepancias parezcan mayores de lo que son, de que no encontremos la respuesta que esperamos y de que la causa democrática se debilite y el triunfo resulte imposible.

Pues bien, el marco inicial de referencia debe tener una perspectiva histórica ya que no partimos de una situación estática y menos, todavía, de cero. El año 1993 o el gobierno salinista no son hechos aisla-

dos; son parte — así sean breves momentos — de nuestra historia, de una historia dramática y cruenta en la que a menudo frente a grandes escollos hemos hecho indudables avances. Sobre todo después de la Revolución de 1910 y a partir, especialmente, de las profundas reformas del gobierno de Lázaro Cárdenas y de la modernización agrícola, la industrialización y la mayor democracia e independencia que esas reformas hicieron posibles, México cambió grandemente y las condiciones de nuestro pueblo mejoraron, en múltiples aspectos.

En los años ochenta sufrimos un inesperado y grave retroceso, a partir de la efímera prosperidad que acompañó al auge petrolero de 1978-81, se desplomó como un castillo de naipes. En años recientes ha habido cierta recuperación económica, pero el crecimiento es lento, desigual y bastante frágil, y aunque no pocas cosas han cambiado y los más entusiastas aseguran incluso que nos acercamos a los países del primer mundo, lo cierto es que siguen presentes los rasgos propios del subdesarrollo: bajos niveles de productividad e ingreso, atraso e ineficiencia en múltiples actividades, insuficiente escolaridad y preparación de la fuerza de trabajo, deformaciones estructurales que frenan y desvían el desarrollo, profunda desigualdad e inseguridad social, fuertes desequilibrios internos e internacionales, uso inadecuado de nuestros recursos y creciente dependencia, sobre todo de los Estados Unidos.

Y no sólo es necesario el mayor acuerdo posible en torno a la situación de la que partimos sino acerca

del cambio a que las fuerzas democráticas aspiran y se proponen realizar. Los conservadores de siempre, quienes defienden el injusto orden de cosas propio del capitalismo del subdesarrollo, incluso se ostentan ahora demagógicamente como los partidarios del cambio, cambio que ellos asocian a la “globalización”, la apertura comercial y financiera, la privatización, el desempleo, los bajos salarios, el libre comercio y la integración subordinada a los Estados Unidos. Los ideólogos y propagandistas de ese “nuevo”, desigual e inaceptable orden de cosas pretenden que ellos son los arietes de la modernización, y que los sectores democráticos y nacionalistas se oponen a ella y aun quisieran volver al pasado. Esto, obviamente, es falso; pero a menudo no queda claro lo que tales sectores proponen, por qué cambios luchan, cuál es su importancia y cómo intentan lograrlos. Lo que quiere decir que incluso es preciso aclarar que no obstante ciertos reacomodos y desplazamientos, la mayoría del pueblo, como por lo demás aconteció en cada momento crucial de nuestra historia, está de nuevo en favor de un cambio, incluso de una transformación profunda que nos permita vivir mejor, disfrutar de libertades y derechos que podamos realmente ejercer, y contar para todo ello, con mayor independencia. Y como entonces, también, la minoría que detenta el poder y la riqueza y quienes directa e indirectamente la sirven, favorecen la presentación del orden existente, y desde esa posición apoyan los cambios que en general dejen las cosas como están, o que aun modi-

ficándolas, respondan a sus intereses y se traduzcan en mayores beneficios.

Cómo impulsar y reorientar el desarrollo

Pero veamos lo que los verdaderos partidarios del cambio proponen para hacer progresar a nuestro país.

Ecología y Desarrollo

“El hombre — dice por ejemplo el PRD en su Proyecto de Plataforma Electoral — es parte integrante de la naturaleza. Al modificarla nos transformamos, al destruirla o empobrecerla, destruimos o empobrecemos también nuestro futuro...”

“... los problemas de protección del medio ambiente son inseparables de las cuestiones económicas...” Por ello son prioridades en México “la búsqueda de tecnologías adecuadas a las condiciones ecológicas... que, sin menoscabo de la productividad, conserven el medio ambiente; la protección de los recursos acuíferos..., el aprovechamiento de aguas pluviales y el reciclamiento y reutilización del agua. La reforestación y el establecimiento de zonas de reserva federal. El impulso de tecnologías de cultivo... que protejan los suelos. Enfrentar el problema de la contaminación de origen industrial con medidas efectivas..., por ejemplo, sacando del Valle de México a las empresas altamente contaminantes y estableciendo controles y tecnologías adecuadas para las que permanezcan... e impulsar el transporte

público eléctrico y aquel que utilice formas de energía no contaminantes.”¹

Podríamos multiplicar las referencias en las que se propone hacer frente de manera eficaz y en el marco de una nueva estrategia al grave problema ecológico. Otros partidos políticos, numerosas organizaciones sociales, el movimiento sindical y desde luego centros académicos y estudiosos de esas cuestiones, nos alertan sobre los peligros a que la población está expuesta y reclaman actuar sin demora.

El Partido Ecologista, de reciente creación, expresa que su proyecto nacional de gobierno se enmarca en el concepto de que la “vida es primero y que los humanos debemos prioritariamente respetar a la naturaleza y sobre esa base fincar la economía, gobernar y actuar en sociedad”. Y añade que “se pronuncia en contra de las costumbres individualistas, competitivas, consumistas, destructivas y derrochadoras que se fincan en modelos ajenos a México y que son perjudiciales a la salud y el medio ambiente.” Por ello se pronuncia en favor de “una educación ecológica en todos los niveles de la formación preescolar, primaria, preparatoria y profesional..., una conscientización ambiental de la sociedad en general, y un desarrollo económico que respete la armonía de la vida y contribuya al restablecimiento del medio ambiente...”²

En un Seminario celebrado en mayo de 1987 en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la UNAM, se llegó a la conclusión de

que los patrones de desarrollo, producción y consumo dominantes "han generado un ambiente contaminado y degradado", "ocasionando procesos irreversibles de destrucción de los ecosistemas y de su capacidad de autorregulación, conservación y reproducción...", e "inducido una penetración tecnológica en el ámbito rural, que resulta en una destrucción ecológica y en una mayor polarización social..."

Entre otras cosas, el Seminario recomendó "crear espacios para el desarrollo de metodologías, estudios e investigaciones... fundados en el concepto del manejo integrado de recursos, que permitan analizar las relaciones entre procesos "culturales, tecnológicos, ecológicos, económicos y políticos... que incorporen el conocimiento científico y tecnológico moderno al saber tradicional..."³

Todo lo anterior es, sin duda, razonable y válido. La dificultad consiste en que en las palabras hay un amplio acuerdo que da la impresión de que todos tienen conciencia del problema ecológico y de la necesidad de encararlo con responsabilidad y decisión. El propio gobierno, como vimos en el número anterior de Estrategia, declara que Economía y Ecología son inseparables y, sin embargo, la destrucción ecológica prosigue y lo que se hace es siempre mucho menos de lo que se dice. La principal diferencia es que mientras el gobierno y muchos empresarios creen que la preservación y mejoramiento del ambiente puede lograrse con la política conservadora en vigor, sectores cada vez más amplios e independientes consideran, a su vez, que la condi-

ción esencial para avanzar con medidas realmente eficaces, es una política nueva, del todo diferente de la actual.

Crecimiento económico, inversión productiva y ahorro

En general, entre quienes están convencidos de la necesidad de un cambio se conviene en que el crecimiento económico del país es insuficiente, y que es preciso acelerarlo. ¿Hasta qué nivel? Hasta donde sea viable de acuerdo con la disponibilidad de recursos y la posibilidad de utilizarlos con cierta racionalidad y sin desatar presiones excesivas. Aún los más conservadores y tecnocráticos funcionarios del actual gobierno nos ofrecían, hasta hace poco tiempo, que en los dos últimos años del presente sexenio el PIB crecería a razón del 5-6%, mas lo cierto es que en 1992 sólo aumentó 2.6% y en el año que corre se espera un incremento similar y aun inferior, o sea de menos de la mitad del previsto.

Pues bien, ¿qué proponen los partidarios del cambio para que crezca la producción y el ingreso?

En primer lugar que la inversión, y sobre todo la inversión productiva, se incremente.

En años recientes se ha recuperado el nivel de inversión. Pero en conjunto, la tasa bruta de formación de capital es todavía muy inferior a la de 1980-81, y dado el deterioro de la planta productiva en los años ochenta, la cuota de depreciación ha aumentado y la tasa neta de inversión, o sea la acumulación propiamente dicha es, por tanto, todavía menor, lo que en otras pa-

labras significa que, para lograr un crecimiento satisfactorio, el coeficiente de inversión tendría que ser hoy bastante más alto que el de los años del auge petrolero. Algo más: si bien la inversión ha aumentado, se sabe que la que más ha crecido no es la inversión productiva sino la financiera. Y lo que se requiere es que se eleve de manera sustancial la inversión productiva.

Para lograrlo es necesario que ahorremos más, o sea que crezca la parte que no se gasta del ingreso de cada año. Otra posibilidad es que aun siendo insuficiente el ahorro nacional, lo complementemos con inversiones directas y préstamos del exterior, como por lo demás está ocurriendo. Pero el inconveniente de proceder así es que, o bien nos endeudamos más cuando la deuda externa es de nuevo ya enorme, o bien, a través de la inversión directa cedemos porciones cada vez mayores de nuestra economía y, querámoslo o no, de nuestra soberanía. Una forma intermedia de proceder sería depender en lo fundamental del ahorro y la inversión propios y complementarlos con recursos del exterior que no generen fuertes desequilibrios en la balanza comercial y de servicios, no resulten en presiones excesivas en cuanto al uso del excedente y no acentúen la dependencia ni, a la postre, se vuelvan un obstáculo al desarrollo. Pero decir esto es mucho más fácil que lograrlo en la práctica, y la experiencia demuestra que cuando se elige el camino de utilizar crecientemente el financiamiento externo se menosprecia el uso más racional de los recursos propios y es muy difícil saber en

qué momento es preciso detenerse y proceder de otra manera.

Si lo que se busca es un desarrollo más rápido y menos inestable, cualquiera que sea el camino que se siga, será necesario aumentar el ahorro interno — privado y público — y esto, aun si la inversión y el ingreso crecen de prisa, significa reducir la proporción que se destina al consumo. Quienes se oponen al cambio, lo sabemos, repetirán sus manidos argumentos de siempre, y apelando a un discutible realismo dirán que nuestra capacidad de ahorro es pequeña, que para contrarrestar esa limitación tenemos que abrir las puertas al capital extranjero y que, por otra parte, reducir el consumo es aflojar la demanda, o sea la variable que más impulsa al desarrollo.

Vayamos por partes. Nuestra capacidad de ahorro, ciertamente, es limitada; desde luego muy inferior a la de un país industrializado cuyo ingreso por habitante suele ser 8, 10 y aún más veces superior al nuestro. Pero aún con el bajo nivel de producción, inversión e ingreso con que contamos, nuestro ahorro potenciales mucho más alto que el real, lo que quiere decir que desperdiciamos buena parte de nuestra capacidad para ahorrar. ¿Cómo? De múltiples maneras. Por ejemplo a través de la fuga de capital a otros países, del oneroso servicio de la deuda externa, de la dilapidación de parte del excedente, del no aprovechamiento adecuado de la capacidad de producción, del gasto improductivo que entraña una pesada, ineficiente y costosa burocracia; de las facilidades que suelen darse a la inversión

financiera improductiva y aun especulativa, y de la corrupción en los más diversos ámbitos. O sea que el ahorro podría ser mucho mayor que el actual, sobre todo de lograr cierta reducción del consumo y más inversión doméstica.

En una economía como la mexicana, de no haber una profunda transformación social, desde luego no sería realista pensar en reducir radicalmente el consumo de las capas más altas del ingreso que son aquellas en las que se concentra la mayor actividad económica; no sería aconsejable afectar — más de lo que ya están — a las capas medias y sería del todo desacertado, injusto y aun riesgoso empobrecer más a los “extremadamente” pobres, como ahora se les llama. Pero aún si el consumo de la mayor parte de la población no se redujera e incluso aumentara en ciertos bienes y servicios básicos, y sólo disminuyera el de la clase media acomodada y desde luego de la alta, en una proporción que en ningún caso sería excesiva y que sólo limitara la compra de ciertos bienes y servicios de lujo o del todo innecesarios, disminuyendo el consumo global tan sólo en un 5%, o sea del 80% al 75% del PIB, ello liberaría cuantiosos recursos para impulsar el ahorro, la inversión y el desarrollo.

Cuando hablamos de la necesidad de incrementar la inversión, y en particular la productiva nos referimos a la inversión nacional privada y pública, e incluso a la extranjera, que en ciertos campos y bajo determinadas condiciones puede jugar un papel significativo. La principal, sin embargo, sería la inversión privada mexicana; y la

pública, que bajo el neoliberalismo se ha desplomado, volvería a cobrar importancia.

¿Hacia dónde debiera canalizarse esa inversión? Hasta ahora lo hizo hacia donde hay suficiente demanda y, en consecuencia, buenas perspectivas de ganancias. En adelante, en cambio, y en el marco de una nueva estrategia de desarrollo, dicha inversión debiera dirigirse a campos estratégicos y prioritarios, de los que depende en gran parte el desarrollo; hacia la producción de bienes de capital e intermedios que refuercen el proceso de sustitución de importaciones y de industrialización, hacia la modernización de aspectos importantes de la producción agropecuaria y de la infraestructura económica y social, hacia una mayor y mejor preparación de la fuerza de trabajo en todos sus niveles, a la investigación científica y la creación de una base tecnológica propia, e incluso de lo que además de ser indispensable no podamos aun producir y a la exportación de lo que permita integrar y fortalecer nuestra infraestructura productiva, aumentar el valor agregado y proveer al país de divisas, y en particular, hacia procesos que contribuyan a lograr la integración regional latinoamericana.

O sea que todavía hay cuestiones muy importantes que aclarar. En efecto tan sólo de las antes mencionadas habría que precisar qué actividades se consideran estratégicas o al menos prioritarias, por qué y cómo debieran manejarse; qué industrias de bienes de capital e intermedios serían las principales a desarrollar en los próximos años; qué

aspectos de la agricultura requieren hoy mayor apoyo y acción modernizadora; qué partes de la infraestructura tanto económica como social se hallan más rezagadas y cómo podría impulsárseles; cómo preparar a los trabajadores, profesionistas y técnicos para los nuevos procesos productivos y a los desempleados y subempleados para reincorporarlos a la economía formal; cómo promover la investigación científico-tecnológica para reforzar nuestra independencia y hacer que el desarrollo contribuya a mejorar el medio ambiente, y en fin, como reorientar el comercio exterior y, sin perjuicio de vincularnos estrechamente a los países industriales, lograr que contribuya a dar vida gradualmente a una vigorosa integración latinoamericana.

Y algo que conviene subrayar es que, en una nueva estrategia de desarrollo, junto a las inversiones a las que se atribuye mayor significación económica, debieran estar otras que social, cultural y políticamente tienen también gran importancia para lograr un desarrollo en que el hombre y su mejoramiento sean la meta principal a alcanzar y, al propio tiempo, condición fundamental para lograrlo.

Pero todo ello rebasa el marco en que hacemos esta reflexión.

Y ¿cómo lograr que la inversión productiva, con base principalmente en un mayor ahorro interno y complementada por la inversión del exterior, alcance un más alto nivel y sea relativamente estable? La respuesta es todo menos sencilla. Sin embargo algunos elementos que podrían contribuir a lograrlo, son éstos:

— Que el proyecto nacional que se propone sea, en primer lugar, viable;

— Que la producción y el ingreso crezcan en forma significativa, pues esa es la principal fuente de nuevas inversiones;

— Que a partir de una situación económica y política medianamente estable, el inversionista tenga confianza y decisión para asumir los riesgos que toda nueva inversión entraña;

— Que de múltiples maneras (organizativas, promocionales, de fomento, a través de los precios, monetario-financieras, fiscales y otras), se estimule la inversión productiva y se desaliente la inversión y el gasto improductivos y, desde luego, especulativos;

— Que sin perjuicio de descansar sobre todo en la inversión privada, especialmente nacional, el Estado concorra con una mayor inversión pública que se financie de manera no inflacionaria;

— Que el sistema de precios relativos no sólo resulte de la acción espontánea del mercado, que a menudo no es capaz de generar el necesario equilibrio, sino de la intervención coordinadora y reguladora del Estado;

— Que la asignación de recursos tome en cuenta intereses sociales, no sólo individuales, y responda a incentivos que contribuyan a hacer el mejor uso posible de los recursos disponibles;

— Que, en particular, elevemos el nivel de educación, preparación, organización, eficiencia y salud de la fuerza de trabajo, pues ella es el recurso productivo más valioso, y fundamental para que la

gente participe activamente en la toma de decisiones y en la búsqueda de solución a sus problemas;

Que enriquezcamos, en verdad, la vida democrática del país, pues ello es condición para que la producción y el ingreso aumenten; y entre otras cosas es preciso, como ya se dijo, invertir más, ya que así es como fundamentalmente se eleva la productividad. En economías subdesarrolladas como la nuestra, sin embargo, cuyo atraso en ciertos campos es todavía indudable y en la que año por año entran al mercado de trabajo muchas más personas que aquellas a las que puede darse una ocupación estable y bien remunerada, si bien es deseable y aun necesario que el desarrollo sea cada vez más intensivo y basado en una mayor productividad que por cierto se traduzca en mejores sueldos y salarios, a la vez es preciso incrementar el nivel de empleo como fuente, también, de mayor producción.

O en otras palabras, para aumentar la productividad se requiere mejor organización y administración, mayor preparación de la fuerza laboral en todos sus niveles, maquinaria y equipo eficientes y una más moderna tecnología. Pues bien, bajo la política neoliberal en vigor todo ello se hace de manera muy desigual y a veces muy restringida, y se expresa en el despido masivo de trabajadores a los que la economía formal y en gran parte aun la propia economía informal no son capaces de absorber.

La idea tecnocrática y economicista de que la mejor línea de acción es incorporar la tecnología

más avanzada, y a menudo más costosa, aun al precio de un grave desajuste financiero y un creciente desempleo es muy discutible y aun inaceptable, pues si bien esta tecnología es, en general, necesaria, lo aconsejable es combinarla con el empleo de medios de producción que permitan simultáneamente dar trabajo a más personas, lo que equivale a usar mejor todos los recursos disponibles y reconocer que es mejor caminar con las dos piernas que con una sola.

Distribución del ingreso, mercado y nivel de vida

En planteos democráticos de carácter nacionalista se conviene a menudo en tres cosas importantes: 1) que el desarrollo debe proyectarse fundamentalmente hacia el mercado interno, 2) que el nivel cuantitativo de ciertas variables es sin duda importante, pero que el desarrollo depende, a la vez, de elementos cualitativos tanto económicos como sociopolíticos y culturales, y 3) que la relación entre producción y distribución no es lineal sino dialéctica, de ahí que ésta última y concretamente cómo se reparten la riqueza y el ingreso, influyen en gran medida tanto en el nivel y estructura de la producción como en la magnitud del mercado interior.

La importancia de este mercado en la proyección del desarrollo es indudable, pues el grueso de la producción, del consumo y la distribución se realizan en él. Lo que, sin embargo suele ser un error es menospreciar el crecimiento del mercado interno, en parte porque algu-

nos lo asocian casi exclusivamente a la limitada capacidad de consumo del grueso de la población, sin tomar en cuenta que las capas de alto ingreso son las que tienen mayor poder de compra, que el componente más dinámico del mercado es con frecuencia la inversión, que el peso de la fuerza de trabajo, como mercancía, es muy grande, y que la modernización de la red comercial contribuye, también, a ampliar el mercado.

Con frecuencia se repite que el mercado interno mexicano no está creciendo, porque la política neoliberal se interesa fundamentalmente en la exportación. Al respecto es cierto que debido a esa política y a la crisis el mercado no crece al ritmo a que lo hizo cuando la economía en su conjunto se expandía con rapidez. Pero también lo es que el consumo nacional, o sea la suma de lo que producimos y lo que importamos de fuera, menos las exportaciones, aumenta a una tasa bastante más alta que éstas. Lo que quiere decir que el crecimiento de la demanda interna no es deleznable, aunque el hecho de que una parte creciente de lo que se consume proceda del exterior, limita la demanda al alcance de los productos nacionales.

También es cierto que el mercado crece en una forma muy desigual y que la demanda casi exclusivamente de bienes de consumo que procede de la mayoría de la población disminuye, porque en realidad no aumenta el nivel de empleo ni los salarios reales. Y aquí, una propuesta generalizada consiste en que, sin perjuicio de exportar lo que nos convenga, para ampliar el

mercado interno debiera aumentarse la inversión y elevarse, a través de mayor productividad, mejores salarios, una política fiscal progresiva y un mejor uso de los recursos financieros, la capacidad de compra de la mayoría.

En el análisis tradicional de ciertos problemas del desarrollo suele ponerse especial énfasis en el papel de la acumulación de capital físico, aunque hoy se presta mucha atención a la nueva tecnología. En la búsqueda de una alternativa de desarrollo, en cambio, sin descuidarse tales elementos que sin embargo son vistos desde otra perspectiva, se repara cada vez más en cómo, a través de cambios en los precios relativos, de incentivos y de la redistribución del ingreso, podría lograrse una mejor utilización del potencial de recursos y, en particular, de los recursos humanos, cuya mayor preparación y adiestramiento podría por sí sola ser un gran impulso al desarrollo.

En cuanto al reparto del ingreso y la posibilidad de que uno menos inequitativo contribuya no sólo a reorientar sino a activar el desarrollo, también ganan terreno nuevas posiciones que ponen en tela de juicio la teoría económica ortodoxa y la sabiduría convencional. Por ejemplo a estas horas es obvio que en México, concretamente, la concentración del ingreso — y en años recientes su acentuación, en una minoría privilegiada no ha significado más inversión productiva ni mayor crecimiento de la producción, ni menos todavía más prosperidad para la mayoría.

Una excesiva concentración del ingreso, del tipo de la que hoy

prevalece en nuestro país, contribuye a que el desarrollo sea cada vez más lento, desigual e inestable, y a que la estructura productiva se deforme, pues en vez de diversificarse para reforzar la industrialización y responder a las necesidades económico—sociales de más alto rango lo que ocurre es que crecen más las actividades que menos se necesitan, que son francamente improductivas, que sólo o fundamentalmente interesan a los ricos o que, por su alta propensión a importar reclaman grandes sumas de divisas y entrañan fuertes presiones sobre la balanza de pagos.

Un mercado en rápida expansión es necesario para que un país progrese. Y a la vez un proceso de desarrollo autosostenido que rebase el mero crecimiento económico, promueve y hace posible la ampliación del mercado. La conservadora política hoy dominante no favorece el crecimiento del mercado interno. No lo hace porque es monetarista y restrictiva, porque no aumenta el nivel de empleo y abate los salarios reales, porque en múltiples casos no propicia la elevación de la productividad, porque descuida la investigación científico-tecnológica y la preparación de la fuerza de trabajo, porque coloca en condiciones privilegiadas a la inversión financiera e incluso especulativa; propicia el gasto improductivo, renuncia a formas necesarias de intervención del Estado en la economía y hace de la llamada “desregulización” y el mito del “mercado libre” el remedio para todos los males, sin reparar en que la liberalización y la apertura son fundamentalmente recursos que utilizan

las grandes potencias, y hoy especialmente los Estados Unidos, para que nuestros países abran sus puertas a las inversiones y los bienes y servicios norteamericanos. O sea que la Iniciativa Bush es la versión actual de lo que al finalizar la segunda guerra fue el Plan Clayton, a principios de siglo la política de “puertas abiertas”, en los años de expansión territorial el “destino manifiesto” y unas décadas atrás la Doctrina Monroe.

Para ampliar el mercado interno es preciso, en primer lugar, que el país produzca más, que su producción se diversifique, que tenga calidad y se ofrezca a precios razonables. Para ello es necesario que la productividad se eleve y los costos unitarios se reduzcan; que mejore el aparato de distribución e intermediación, y que la banca y el sistema financiero en su conjunto apoyen a la producción, la inversión y aun ciertas formas de consumo que amplíen el mercado sobre todo de los productores nacionales de bienes durables de consumo y de medios de producción.

Desde esta perspectiva acaso lo esencial es entender que el mejoramiento de las condiciones de vida no sólo es fruto sino condición del desarrollo, y que, en consecuencia, distribuir mejor es necesario para producir más y aspirar a niveles de ingreso superiores. Y distribuir mejor no sólo implica repartir lo que se tiene en forma equitativa y elevar sueldos y salarios de quienes ganan menos, sino abrir nuevos y más anchos horizontes a la mayoría de la población, darle acceso a la educación y a una mayor capacitación, adiestrarla en el em-

pleo de la nueva tecnología, asegurarle mejores condiciones de alimentación, salud y vivienda, elevar su conciencia ciudadana y hacerla participe en la toma de las decisiones que más lo afectan, lo que supone una democracia real, no sólo formal o legalista. O sea que desarrollo y democracia son inseparables, como lo son democracia e independencia.

En las páginas que siguen intentamos recoger algunas propuestas acerca de qué hacer en torno a estas dos importantes cuestiones. **

Notas

1 PRD *Proyecto de Reforma Electoral*. Convención Nacional Electoral. México, 24 y 25 de abril de 1993.

2 Partido Ecologista de México. *La vida es primero*. México, 1993.

3 Enrique Leff y otros. *Recursos Naturales, técnica y cultura*. Estudios y experiencias para un desarrollo alternativo. Cuadernos del CIIH. UNAM. pp. 17 a 20.

** Para recoger opiniones de diverso origen acerca de qué hacer sobre los problemas que afectan al desarrollo de nuestro país se utilizaron de preferencia las revistas *Coyuntura*, *Estrategia*, *Motivos*, *Problemas del Desarrollo* y otras, así como varios textos producto de partidos políticos y otras organizaciones, el libro colectivo titulado: *México, la búsqueda de alternativas* y materiales procedentes del Seminario de Economía Mexicana, de la UNAM.